

Date Accepted: April 04 2012

Date Published: March 01 2012

Energía en Diarios de nada

Camila Charry Noriega
camilacharry@hotmail.com

Follow this and additional works at: <http://ir.lib.uwo.ca/entrehojas>

Recommended Citation/Citación recomendada

Charry Noriega, Camila (2012) "Energía en Diarios de nada," *Entrehojas: Revista de Estudios Hispánicos*: Vol. 2 : Iss. 1 , Article 10.
Available at: <http://ir.lib.uwo.ca/entrehojas/vol2/iss1/10>

This Book Review is brought to you for free and open access by Scholarship@Western. It has been accepted for inclusion in *Entrehojas: Revista de Estudios Hispánicos* by an authorized administrator of Scholarship@Western. For more information, please contact tadam@uwo.ca.

Energía en Diarios de nada

Creative Commons License

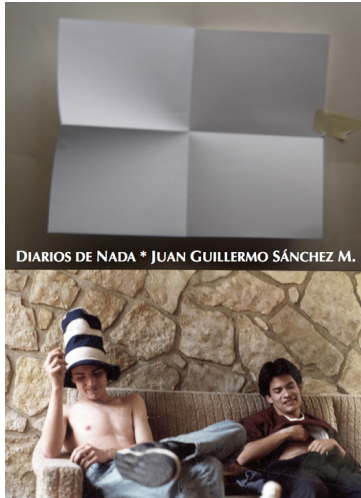


This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial 3.0 License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/)

Energía en *Diarios de nada*

Camila Charry Noriega*

Sánchez M., Juan Guillermo. *Diarios de Nada*. Ottawa: Letras Seltas /Split Quotation, 2011. 138 páginas. Libro en línea: <http://diariosdenada.wordpress.com/>



Buscar el hilo que teje las narraciones de *Diarios de nada* sería desde muchos puntos de vista una traición y una renuncia a lo que fluye, ya que su identidad y su fuerza radican en la fragmentación. La voz aquí discurre en un presente perpetuo, el cual vuelve a ser único cada vez que el lector va al encuentro del relato; pero es también la metamorfosis de un narrador que no busca una verdad y, en cambio, se sabe capaz de evocar un personaje (Juan) que deambula entre el ocio motivado y la pregunta sobre el quehacer del escritor, y entre el cumplimiento y la reivindicación de la palabra. Un personaje que podría ser cualquiera de los lectores, pero que aparece matizado por hábiles comentarios, juegos de lenguaje, imágenes que inundan cada uno de los cuentos, y metáforas que cifran su aparente vano transitar por los días.

Si decir es nombrar, dar forma a lo que desconocemos, extraer del caos inicial el cosmos que ordena; ese es el tono de este Juan-personaje-intermitente, el cual detrás de otras voces que son él mismo, se adentra sigiloso en sus propios recuerdos y nos arroja a sus visiones. Como un cuerpo desmembrado que se sabe entero, *Diarios de nada* también es la rebelión contra lo inútil de una literatura contemporánea que se ha denominado

* Nació en la ciudad de Bogotá. Estudió Literatura en la Universidad Javeriana. Trabaja como profesora de Arte y Literatura en su ciudad. Desde hace años dirige un taller de poesía y escritura creativa para jóvenes. Ha sido conferencista invitada en colegios y universidades, en donde ha presentado diversas miradas sobre la literatura, la poesía, el cuerpo y la ciudad. Poemas y relatos suyos han aparecido en las revistas *Letras Seltas* (Canadá), *Cronopio* (Colombia), *Cinosargo* (Chile) y *Destiempos* (México).

urbana, y que promete ser fresca, ágil y profunda; una literatura que llama la atención por sus generosos despliegues de historias cruentas; pero una literatura que resulta fútil y poco sugerente. Al margen de esa literatura que impregna librerías y clases de literatura en colegios y universidades, en *Diarios de nada* el choque es con el lenguaje, con la palabra que toma consciencia de sí misma: “*Cuando las calles son manchas a la media noche*”.

El narrador del primer cuento, “Fuga Big-Bang”, nos recuerda que: “*Estamos hechos de estrellas, eso somos*”, energía en cambio permanente, expuesta a las más increíbles temperaturas del lenguaje. Desde la autoconsciencia, Sánchez escribe en contra del estigma según el cual el escritor debe decir algo o debe saber de qué habla. No es cierto: el escritor también se va escribiendo, vientre que se enciende y concibe vida allá en su propia oscuridad. Mejor los recovecos: amor, erotismo, olvido, el Leteo como una ensoñación (ver el relato “Collage Leteo”). Con esa letra sencilla, Sánchez logra que la vida cotidiana y su lenguaje sean esta obra que emerge de la ciudad y el caos. Después de una larga noche de cavilaciones en donde el sentido es el misterio y la respuesta sólo una imagen, el personaje de “Fuga Big-Bang” nos dice: “*Oiga Juan, yo creo que ya no voy a dejar de escribir*”. Aunque parece que el problema es el de la existencia, en realidad el problema es el de las palabras que intentan nombrar la existencia: “*...o sea que en el fondo el problema del cuento no es el Big-Bang, el problema son las consecuencias de la explosión*”. Universo tejido desde la ficción y para la ficción. En realidad, la odisea del narrador sólo tiene sentido desde la exploración de un mundo sujeto a leyes arbitrarias que se ordenan a través de la escritura. Nada es real, nada es verdad, luego todo tiene valor, y *Diarios de nada* resulta la prueba más contundente de esto.

Tras *Diarios de Nada* quedan libros, canciones y marcas que dejan otros autores. Esas otras voces son como el relámpago que de pronto ilumina y desaparece, pero que deja el estrago casi invisible en quien lee atentamente. Así, Rafael Chaparro Madiedo, Bukowski, Baudelaire, Homero, Cortázar, desfilan en estas narraciones, las cuales se pueden leer en línea o descargar gratuitamente en el blog del libro: <http://diariosdenada.wordpress.com/>

Al narrador de “Que mala suerte la suya” le oímos decir: “*Al salir de la galería, creerás que no ha pasado el tiempo*”, con esa misma particularidad con la que Carlos Fuentes describe a Felipe Montero corriendo por Ciudad de México hacia un destino inevitable. Así mismo, a la cadencia de Pink Tomato y Amarilla en *Opio en las nubes* de Chaparro Madiedo, en “Lunes” -único relato cuyo narrador es una voz femenina- ella se prepara a deshacerse de las sombras, la noche y el alcohol, después de una celebración fallida, porque sólo así consigue continuar con la rutina absurda que le dicta el tiempo: “*Al día siguiente, iba a sacar la leche y vi el ron. Domingo. 8 am. ¡temprano para un ron! ¡pues un ron de desayuno!, hielitos, música, busqué los cigarrillos*”. Después de la creación viene el reposo, hundirse nuevamente en la nada a la espera del lunes inclemente: “*Lunes. 8am. Falda, tacones*”.

En “Loto Punk”, desde la parodia y el juego con el tiempo, el narrador nos anuncia que siempre existe un cíclope y una bruja y una excusa para sentarnos a esperar sobre los “*lotos dulces mecidos por el agua*”. Ecos, por supuesto, de *Sin remedio* de Antonio Caballero, odisea bogotana de un tal Escobar, a quien en “Mejor no hablemos de eso”, Sánchez trae nuevamente a la memoria, un poco más joven y optimista, pero capaz sin

embargo de bajar al inframundo y encontrarse allí con sus demonios: “...pero llevaba tanto tiempo sentado que las mesas de repente empezaron a girar y las luces se me vinieron encima. La temperatura subía, subía la temperatura. Pura salsa deslizándose entre calzoncillos y sombreros, tremendos timbales repiqueteando en los recuerdos...”.

En “Listado cero”, encontramos la pregunta por el ser, pero acá “ser” o “dejar que todo sea” dependen del azar, de la extraña alineación de los planetas, de si es lunes, de la biografía o la ficción, Apolo o Dionisio, y al final: “listado nada”. No hay queja ni tono moralizante, sólo esta pequeña función a la que asistimos felices a través del espejo, como el niño de “Una ampolla en el tobillo” –otro de los relatos–, el cual se desliza como Alicia entre el absurdo mundo de los adultos para al final, sólo al final, volver más recio a casa, listo para inclinarse sobre el lunes, siempre el lunes. Afortunadamente, al caer la tarde siempre existe un Hades, borracho y aburrido, como en “Collage Leteo”, que advierte risueño: “No tengo ni idea sobre qué escribir”, con lo cual confirma que siempre queda la opción de hundirse en el leteo, arrojarse a la desilusión, como en “Estoy aquí tratando de comprarte algo”, en donde entre lo autobiográfico, lo trágico y lo patético, Sánchez narra esa historia que seguimos atentos sólo porque queremos saber cuál será el final de la tragedia.

Sólo hasta el relato dieciséis, el último, es sábado. De madrugada y en frente de las vías del tren, otro Juan (o... el mismo), nos dice: “*Andrea me zarandea. Sábado gris a las seis de la mañana, bostezo atroz de ropa y nicotina*”. Sólo hasta este punto despertamos con él, seguros de que jamás, por ningún motivo, este narrador colombiano habrá de callar, pues no está entre sus planes, por las razones que sean, dejar de escribir.

La energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma. Lo mismo ocurre con los recuerdos y con el olvido en las narraciones de *Diarios de nada*. Los recuerdos, en primer lugar, son energía en constante ebullición, amenaza que nos lanza al tiempo siempre circular, siempre atento, listo para su eclosión y su estallido. El olvido, aunque a primera vista sugiera la destrucción o el abandono, resulta en realidad más perturbador; no se olvida nada, sólo se aísla, se exilia a un inexplorado territorio del que todo desconocemos y que, seguramente, se encuentra poblado por criaturas marginales y lleno de sustancias en donde germina lo insospechado. Desterramos osadamente todo aquello que ha construido nuestra vida cotidiana y que sigue latiendo en medio de una oscuridad fantasmal. De pronto, de la nada, aparece la estela por la que resbalará el monstruo que hemos apartado y que ahora, cuando menos lo pensamos, salta ante nosotros transformado, casi irreconocible, tanto que nos cuesta trabajo relacionarlo con algo que una vez abandonamos y fuimos. El único camino es ir hacia el monstruo, que él se aproxime y empiece el reconocimiento, cruzar el río, pasar el puente, mirarse a los ojos largamente, esperar.

Ese es el encanto de *Diarios de nada*, su conmovedora manera de avisarnos que la vida que creemos cotidiana, llena de jornadas, de horas y minutos que pasan y se suceden afanosamente, es el monstruo que nos mira de reojo desde una esquina que intentamos olvidar; nada se olvida, todo se transforma. Esa es, entre otras, una de las tareas del escritor: escudriñar y pinchar ese caos inicial para recuperar la luz y encontrar el camino de regreso.